

## I.2 EL ANONADAMIENTO DEL NECESARIO

### BELÉN



Corría un mañana más, de un día cualquiera del otoño. Estaban María y José en su casa de Nazaret. María en la cocina preparando la comida, José en su taller trabajando la madera. Y por las calles del pueblo retumba la voz del enviado del rey: “Todo varón israelita debe ir al pueblo de donde arranca su estirpe para empadronarse por orden del César Augusto”.

José corre a hablarlo con María. Los esposos entrecruzan sus miradas, sorpresa en sus rostros, dudas.

–Me voy a Belén, soy de la familia de David. En ese pueblo de Judea nació y vivió nuestro Rey hasta que fue entronizado. Tú te vas a casa de tus padres y esperas el nacimiento de nuestro Hijo.

– No, José. Te acompaño.

–¡Estás loca! No queda ni un mes para que se cumpla el día del parto. Es peligroso el viaje y cansado, las noches son muy frías en esta época del año. ¡Te quedas aquí!

– José, no te das cuenta. Se van a cumplir las palabras del profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo, Israel” (Miqueas 5, 1). Llevaba tiempo pensando en estas palabras, no sabía cómo se iban a cumplir, y ahora las entiendo.

Después de los preparativos y de recibir de las familias las incomprensiones por la locura del viaje, emprenden el camino. José elige el viaje más cómodo para María y decide ir hacia el oeste en dirección al Mediterráneo, donde las noches son más suaves por influencia del mar. Dejan a su derecha el Monte Carmelo y Cesarea Marítima y cogen dirección sur hasta Emaús, desde donde ascenderán hacia Jerusalén y luego bajarán a Belén, que está a pocos kilómetros de la Ciudad Santa.

Y ahí empiezan los verdaderos problemas. Los descendientes de la familia de David son multitudes y el pueblo es muy pequeño. Se aglomera tal cantidad de gente que no hay un lugar digno y solitario para que nazca el Hijo de Dios. José decide recorrer los entornos y encuentra una cueva, utilizada para el reposo del ganado, recogida y solitaria, donde prepara todo para la llegada del Sol del Oriente.

—¿José, no te asombra la locura de Dios, que se hace un niño?

“Yo también, urgido por esa pregunta, contemplo ahora a Jesús, reclinado en un pesebre, en un lugar que es sitio adecuado sólo para las bestias. ¿Dónde está, Señor, tu realeza: la diadema, la espada, el cetro? Le pertenecen, y no los quiere; reina envuelto en pañales. Es un Rey inerme, que se nos muestra indefenso: es un niño pequeño. ¿Cómo no recordar aquellas palabras del Apóstol: se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo?” (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 31).

Señor, Tú eres el Necesario. Nos has dado la vida y nos mantienes en ella con tu ser. Nosotros somos los contingentes, los que si no existiésemos no pasaría nada; pero sin Ti, no somos nada, menos que una mota de polvo que se eleva en el aire, menos que una de tantas hojas que caen en el otoño, menos que una lágrima en el inmenso océano.

Y, sin embargo, para acercarte a nosotros, mejor para que nosotros pudiéramos acercarnos a Ti, te haces niño, necesitado. Necesitado de los pechos de tu Madre para alimentarte, Tú que das alimento a todos los pájaros y animales del campo; necesitado de los brazos fuertes de tu padre para sostenerte, Tú que das la fortaleza a los débiles con tu gracia; necesitado del aliento de un burro para no pasar frío, Tú que eres el que creas el sol para dar calor a todas las criaturas; necesitado de las nanas de María para dormirte, Tú que creas la sinfonía de las brisas y el canto silencioso de las

olas; necesitado de las muecas de José para hacerte reír; necesitado de las caricias de los que te quieren para apaciguar tus lágrimas.

“Discurrir sobre este tema significa dialogar sobre el Amor. Acabo de señalaros que me ayuda, para esto, acudir a la Humanidad Santísima de Nuestro Señor, a esa maravilla inefable de Dios que se humilla hasta hacerse hombre, y que no se siente degradado por haber tomado carne como la nuestra, con todas sus limitaciones y flaquezas, menos el pecado; y esto, ¡porque nos ama con locura! Él no se rebaja con su anonadamiento; en cambio, a nosotros, nos eleva, nos deifica en el cuerpo y en el alma” (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 177).

Y así hasta el final de tus días en la tierra. Siempre necesitado.

Me enamora esa escena del evangelio en la noche triste de Getsemaní, cuando Tú, lleno de amor por los hombres y aplastado por nuestros pecados, buscas el consuelo de los hombres ante tu agonía: “Vuelve junto a sus discípulos y los encuentra dormidos; entonces le dice a Pedro:

—¿Ni siquiera habéis sido capaces de velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil” (Mt 26, 40 –41).

Y no lo encuentras.

Ahora también te veo necesitado de mi consuelo cuando sufres por la incompreensión de los hombres de este mundo nuestro que siguen rechazando tu amor.

Y, a la vez, me quedo tranquilo pensando que recibirás, en tu soledad del sagrario, el consuelo y la alabanza de todos los coros de los ángeles y de los santos como lo hizo aquel enviado por el Padre que supo sostenerte en tu dolorosa pasión: “Se le apareció un ángel del cielo que le confortaba” (Lc 22, 43).

“Jesús, tu locura de Amor me roba el corazón. Estás inerme y pequeño, para engrandecer a los que te comen” (San Josemaría, *Forja*, n. 825).

#

Fin